

Anselmo de la Portilla hizo de *La Iberia* (1) pendón de concordia entre mexicanos y españoles, era ya tarde para que en literatura tornáramos los ojos á España. La decadencia de la antigua metrópoli hacíase, en aquella sazón, casi tangible, lo que no la recomendaba para ser tomada por maestra.

El triunfo de las leyes justamente llamadas de Reforma, por cuanto rompían con nuestras tradiciones políticas y religiosas; el de la causa de la República, y el hecho mismo de la imposición de la forma imperial por las armas de Napoleón III, que trajo consigo la invasión de extranjeros de lengua no española, franquearon á todos los vientos la tierra mexicana, con lo que nuestra educación literaria, al contar con el contingente de la producción anglo-sajona y alemana, hallaba nuevas fuentes de enseñanza para volar por nuevos rumbos.

Cosa digna de notar: nuestro afrancesamiento literario á tal punto había penetrado hasta la médula de nuestros huesos, que el odio que naturalmente engendró en nuestros pechos, á lo menos en la numerosísima agrupación republicana, la tentativa napoleónica, no bastó á curarnos de nuestras aficiones; aficiones que, por otra parte, explica suficientemente, dadas las circunstancias apuntadas, la afinidad de nuestra habla con la francesa.

He ahí por qué, á nuestro ver, nuestra actual literatura no se inspira en la española.

Establecido que poseemos una literatura propia, siquiera sea en mantillas, ¿por qué anda tan menesterosa y enteca?, ¿por qué no vuela con vuelo de águila, sino rastreando á manera de voluble golondrina?

Punto es éste que ya dilucidó con buena copia de razones, al fin como suyas, nuestro eminente humanista D. José María Vigil (2).

Sin pretender rebajar el valor de ellas, antes confirmándolas, vamos á permitirnos ampliarlas.

Toda producción está en razón directa del consumo. Esta ley de la ciencia, vale por el más incontrastable axioma.

Donde no hay quien lea, loco sería el empeño de producir obra de lectura. Esa producción, como cualquiera otra, tiene por forzoso regulador el número de lectores.

No se escribía en aquel país de las Batuecas, de que nos cuenta Larra, porque no se leía, y nos vemos obligados á confesar que aun cuando, por fortuna, distemos de ser tal país, no tenemos por donde envanecernos de la difusión de la cultura intelectual.

Sólo al sobrevenir el bendecido período de paz de que disfrutamos, nuestros gobiernos (y sépase que fuera de la impulsión oficial carecemos de otra iniciativa) han podido consagrar sus afanes á la tarea de difundir la instrucción pública, que, como es bien sabido, la impone el Estado y la da gratuitamente en el primer grado, como gratuitamente la ofrece en los grados superiores y hasta en los profesionales.

Por tal motivo, la consagración á las letras no ha podido ser oficio de medras, quedando reservada, más que como ocupación seria, como fruición íntima, — ocios, que por simulado desdén decían los que en tal arte se ejercitaban, — á hombres de letras de holgada posición, bien contados, en verdad, donde se tenía en menos al que empleaba su tiempo en labor literaria, habiendo para los ricos distracciones y goces de más meollo y consecuencia. Los pobres á duras penas si podían contar con la munificencia de algún generoso editor que diera á la estampa sus producciones, á trueque de nada, que nada era la pasajera impresión que el nuevo libro alcanzaba á producir en el público.

Adrede hemos hecho uso del imperfecto. Nuestro actual estado social no es, por dicha, el de hace veinte años, período que, si corto, nos ha favorecido con notables crecimientos en todos los modos de ser del progreso.

Empero aun no es ésta la hora de la literatura. Otra finalidad reclama y absorbe nuestras fuerzas.

En el estado actual de la civilización, individuos y pueblos han menester asegurarse, ante todo, el bienestar, base y cimiento de todo adelanto, de todo goce no turbado por la inquietud del mañana.

(1) Diario fundado y dirigido por D. Anselmo de la Portilla.

(2) «Algunas consideraciones sobre la literatura mexicana.» *Revista mensual Mexicana*, tomo 1.

Embarga nuestras fuerzas, y debe embargarlas, la solución de nuestro problema económico, único secreto de asegurar nuestra independencia nacional é individual. Lograda esa solución, lo demás vendrá por añadidura.

Si la paradoja de que la miseria es el gran numen del genio, pudo no serlo en tiempo atrás, que no hay prueba de que la miseria amamantara á aquellas inteligencias supremas que ora en ciencias, ya en letras ó en artes han glorificado el espíritu humano; si semejante paradoja pudo antaño ser habida como verdad, ahora, en los tiempos que corren, nadie sabría sostenerla seriamente. Por algo de muy antiguo muy sentido, el Épico relega á los horrores de la tremenda noche al hambre mal avisada, — *malesuada janes*, — y á la infame pobreza, — *turpis egestas*.

Madre legítima es la miseria de la tristeza, de la envidia, de la desesperación; y no ríe regocijada en regazo de sórdidos harapos la divina inspiración.

Difundida nuestra cultura en la medida que está siéndolo; cumplido el programa económico, nuestra grande y justificada preocupación por el presente, hay derecho á prometerse que la literatura nacional se mostrará gallarda y pujante, dando frutos en sazón, como por el otoño bien cuidado huerto.



Estatua del general Prim en Barcelona

#### OJEADA RETROSPECTIVA

El título general del presente estudio basta á hacer comprender que en él no tienen cabida épocas anteriores al México independiente.

El pueblo, la agrupación llamada azteca que ocupó la región de Anáhuac, desapareció por la conquista de Cortés, que fué rápidamente incorporando á la Nueva España tanto las tierras en que se había impuesto la dominación de los meshica como los demás pueblos ó tribus, diseminados en la mesa de la cordillera Central y en sus vertientes. No somos, pues, pueblo azteca.

Por más que procedamos de incubación española, tampoco somos pueblo español, dado que, por el hecho de la emancipación, quedamos constituyendo nacionalidad aparte, dotada de instituciones diversas de las de la que fuera Metrópoli, con gérmenes de propia vitalidad, tendiendo á fines que nada tienen de común con los de aquella.

Durante el régimen colonial, nada hubo aquí que no fuera España: español era el castizo, español el criollo; por bastardía, español el mestizo, y el indio, cosa española.

La idea de patria mexicana no puede, pues, avenirse con ninguno de esos dos estados sociales. De